

Evangelización en la frontera de la educación

ANTONIO APARISI

Pretender educar continúa siendo, hoy más que nunca, una utopía.

¿Quién educa a quién? ¿Quién se enfrenta con la positiva eficacia a la poderosa deseducación organizada?

Porque hoy se verifica que vivir significa someterse al influjo de unas potencias que paralizan las facultades esenciales de la persona: el pensamiento objetivo, la sensibilidad honda —no superficial— hacia los seres y hacia todos los valores humanos (no sólo hacia alguno de ellos), y la facultad de razonar libremente y de seguir los dictámenes de una conciencia bien formada.

Hoy asistimos a una tremenda crisis y mutación de la identidad moral del hombre, por un debilitamiento atroz de sus facultades interiores, en virtud de fuerzas oscuras (quizás de las mismas fuerzas oscuras que Juan, el apóstol, llamaba «poder del maligno»).

Educar. ¿En dónde se educa en estos momentos, en esta sociedad?

Intentamos educar a un hombre —a un niño, a un individuo— terriblemente frágil, desde una posición educadora penosamente ambigua. Desde un quiero y no puedo ser el maestro que se necesita (¡qué claro aquello de «a nadie llaméis maestro!»!); porque se tiene un pie en cada lado, y tal vez no hay otra forma de estar de pie. Intentamos educar en los límites de una tensión. En una frontera.

El intento honesto de educación se sitúa en la frontera. Pero en la frontera de dos campos en pugna. Porque educar es, desde luego, luchar contra una

serie de poderes malignos enraizados muy dentro de sí mismo, en todo el entorno del educando, en el educando mismo, y en la sociedad que nos engulle y engloba.

Y en esa frontera educar es exponerse a las iras de todos los que pasan: de los familiares, de los economistas, de los políticos, de los eclesiásticos, de los bien pensantes... No falta nadie. Como al profeta y al siervo de Yahveh.

Uno se queda solo. Se ha quedado solo ese hombre de la frontera que quería educar. Incluso sin educandos.

Y ahora vienen los amigos de SINITE y te dicen: «¡a evangelizar en esa frontera!».

Pues, estamos bien. Además de la tensión educativa hoy, la tensión evangelizadora... Nos viene el grito de Pablo al revés: «¡Ay de mí si evangelizare!» Porque es preciso intuir que van a correrse riesgos aún mayores a causa del anuncio del Evangelio de Jesús. Y surge la tentación de decir que no. Que escriba otro este artículo. Aunque, en definitiva, comprendes que tienen razón los teóricos de la pedagogía y de la teología, y que no se puede eludir el planteamiento de la relación que constituye la última instancia esperanzadora y salvadora de la promoción del hombre: la Palabra del Reino.

Además de que con ese talante de pobre hombre fiel a la utopía educadora hace rato que se ha debido entrar ya en el terreno de las necesarias predisposiciones a la fe cristiana, a los «preambula fidei». De forma que va a ser cierto el hecho que designábamos como «preevangelización», precisamente en esta frontera o frente de la educación.

Y, por otra parte, es también justo imaginar que este lugar sea una de las pocas situaciones válidas para decir una palabra cristiana acerca de Jesús. Que quizás desde una inscncia verdadera de educación —en la frontera descrita— tiene credibilidad el extraño anuncio de un apenas conocido reino de Dios sobre esta tierra. Seguramente del mismo modo que es imprescindible, para otros evangelizadores, el situarse en la frontera de una economía justa o de justicia, de una política de servicio y transparencia, y de una iglesia liberada de clericalismo.

Esto dicho, vamos a discurrir con un cierto orden, explicando, de entrada, los términos con los que jugamos.

1. LA FRONTERA DE UNA VERDADERA EDUCACION.

Educa el que puede educar, desde la estructura en que se puede educar. No cualquiera ni desde cualquier plataforma. Comprendámoslo. No cualquier hecho educativo está en la frontera.

Educación hoy —en este mundo tan inhumano y peligroso para el porvenir del hombre— es afrontar un reto difícil, asumiendo opciones arduas y muy precisas. Opciones de acción y estrategia educativa y opciones de estructura; sin que puedan disociarse ambas.

Un ejemplo. No se hace educación liberadora desde un centro escolar dotado de casi todos los medios didácticos, compuesto al cien por cien de situaciones de burguesía, desde una estructura de macro-empresa educacional, en el corazón de la metrópoli liberal. No. Ahí habrá que hacer muchas otras cosas; pero, desde luego, suscitar hombres liberados y liberadores no.

¿Qué es un hecho educativo en la frontera de la educación?

a) Por de pronto es un servicio consciente de sus alcances y dimensiones.

Un servicio al individuo llamado alumno y al entorno de éste. El niño, el adolescente, es él y su familia —el yo y las circunstancias—. Y si no es así, el afrontamiento educativo resultará ser nada, es decir, no puede concebirse la faena educativa cotidiana como una acción que se dirige primero, directa o fundamentalmente, al alumno, sino como una dinámica que aborda por partes iguales a éste y a sus mayores. Y, en todo caso, más al mundo adulto que requiere, con mucho, una mayor y más urgente atención educativa.

Lo que, sin duda, rehace y desbarata los modelos educacionales en uso. Desde el sistema mismo de matriculación (se matricula en el centro una familia no un niño, y, si no, nadie) hasta el calendario y horario escolar para la familia (¿a qué hora tienen clase los padres?, ¿quién es el tutor de los mismos?, etc., etc.).

Esta es —inicialmente— la primera dimensión y el alcance indispensable de una educación en la frontera.

b) Educar es, básicamente, prestar un servicio liberador de las situaciones internas que oprimen al individuo y lo convierten en opresor.

Abiertamente retornamos a Freire como guía que nos permite una síntesis interpretativa del hecho educativo que deseamos. Educar será liberar, o no será nada (incluso podrá ser una función éticamente muy discutible).

Resulta que el individuo —este hombre que soy yo— vive en precario. No desarrolla mínimamente las capacidades constitutivas de su ser hombre en medio de un mundo que requiere una alta densidad humana. En concreto, no desarrolla aquellas cualidades indispensables para configurarlo como ser social, fecundo en humanidad, creador de bienestar, generador de historia redentora.

No las desarrolla porque no sabe, o porque no se le permiten e ignora cómo enfrentarse, o, simplemente, porque no quiere.

Entonces, educar es lo esencial que debe hacerse.

Educar es estimular la visión —la conciencia— de los valores adecuados y posibles: los valores de la convivencia pacífica, de la relación justa, de la realización armónica del equilibrio personal, de la comunión con la Naturaleza y con la Transcendencia... Ver y despertar el deseo vivo de identificarse con esos niveles de lo humano. Y revelar lúcidamente las luchas y el tipo de enfrentamiento que suponen la opción por los valores. Acompañando honestamente en esa voluntad de salir adelante.

Llegados a ese punto, educar es denunciar todo factor individual o institucional que impide o dificulta la adquisición de los valores en las estructuras que condicionan al alumno: en las estructuras familiares, cuyos modelos de comportamiento se decantan como nefastos para salvar la persona social; y en los estereotipos culturales transmitidos e impuestos por los medios de comunicación de masa y por la deseducación colectiva de los grupos de población, zarandeados por las demagogias de unos y los intereses de otros.

c) Educar es, sustancialmente, capacitar al hombre para la justicia y para el amor universal.

La justicia total —con el drama humano individualizado e histórico, no sólo la justicia distributiva y legal— es la condición que va a convalidar al hombre sobre la tierra. El amor universal tendrá que ser su única identidad de cara a un futuro que, en gravísima parte ya, parece perdido a causa de la descomposición física y moral de la especie y a causa de la degeneración ecológica.

No podemos plantear las cosas con menor gravedad. Hoy es preciso hablar ya de una situación de emergencia humana en la que hay que capacitar al individuo urgentemente para que sea capaz de adoptar actitudes salvíficas personales, a la vez que contribuye positivamente a que no se empeore el frágil equilibrio socio-cósmico. Y ésta es la misión de la educación en la frontera: salvar al hombre y salvar lo más que se pueda de este mundo. Por los únicos caminos de la justicia y del amor. Esto es lo esencial. Y lo más difícil. Porque en esta sociedad no se camina ni se encamina a nadie por la justicia y por el amor. Ni se va a permitir a alguien que oriente a los demás con decisión por esos derroteros.

Educar en la justicia y en el amor es jugarse la vida. No de otra cosa se trata. Por eso murió Jesús, el «pedagogo».

Servir al hombre ayudándole a ser justo, lenta y firmemente justo, con los verdaderos retos que nos está dejando la historia y la sociedad:

- justo con el desarrollo técnico; por tanto, educar con una enorme seriedad tecnológica, como abrazo honrado y necesario al mundo que vivimos y al que ya está viniendo;
- justo con el espíritu humano enfermo de inhumanidad: de pérdida trágica de valores éticos de todo tipo, de pérdida de confianza en la empresa humana, de incapacidad de diálogo y de afecto; sensible inmensamente al hombre;
- justo con todos los que van por delante luchando; con todos los que esperan y desesperan; sensible y solidario; humilde y abierto, por tanto.

Servir al hombre alentando este cálido sentido de la humanidad y del grito del hermano.

En una tarea educativa todo esto es lo que hay que evaluar. Y no hay otro dolor serio de fracaso para un educador consciente de la misión que ha asumido. Aunque se quede amargamente solo en este planteamiento.

2. UNA TAREA DE VERDADERA EDUCACION ACERCA DEL EVANGELIO DE JESUS.

No andamos angustiados porque no llega el tiempo del anuncio del Evangelio, aunque sí urgidos de deseo y de esperanza, y convencidos del silencio.

El silencio de una lenta y discreta tarea de educación en la frontera es garantía firme de la cercanía del Espíritu de Jesús. Y, al mismo tiempo, es cada vez más —y de forma más natural— el hambre de la Palabra última que todos necesitamos tanto para alcanzar, al fin, una esperanza que no se nos quite.

Tres cosas, a la vez:

Primero, el convencimiento de que esa educación que hemos meditado es ya entitativamente de signo cristiano, es un hecho cristiano, venga de donde venga, y vaya a donde vaya; con tal de ser fiel a la totalidad de sus perspectivas. Entendiendo, además, que ésta y no otra es la primordial responsabilidad de una conciencia cristiana, completamente en la línea de la edificación del Reino de Dios entre los hombres, que es «reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz».

Segundo, la experiencia, que señalamos aquí, de una apertura sensible del espíritu al descubrimiento y a la escucha de la palabra reveladora de Jesús y de su evangelio de esperanza y de horizontes nuevos de vida humana ya en esta tierra. Porque en la frontera de esa educación, y no en otro lugar, ocurren —para el educando y para el educador— cosas notables:

Ocurre, ante todo, la experiencia de la necesidad de ser salvado, que es punto de llegada y de partida en el que el hombre se siente verdaderamente abierto a la transcendencia de una instancia salvadora que no procede de sí mismo ni de ninguna realidad simplemente humana. Ocurre que quien está tocando el fondo de la condición del hombre y del mundo comprende la hondura abismal del daño que sufrimos, la incapacidad de aportar por nosotros mismos curación adecuada, y la necesidad —o hambre— de otra salvación. Y, por consiguiente, porque su amor es grande, está deseando y pidiendo ya esa salvación; está abierto a ella, y se niega con toda el alma al hecho de que los caminos estén cerrados definitivamente. Es decir, ocurre la experiencia de una feliz apertura a la venida del Evangelio de Jesús.

Y ocurre también, entre otras cosas, que se va instaurando una empatía o una sintonía cada vez más estrecha y fina entre la forma de vida por la que se va optando y los modos de ser y actuar del Reino de Dios. De forma que es ya muy corto el trecho que ha de cubrirse entre la espera y la llegada del anuncio de Jesús, llegue éste cuando llegue. Podríamos aventurar la impresión de que, en realidad, esa educación en la frontera está siendo ya un comienzo de evangelización, incluso antes de que se descubran los pies benditos del que trae ese Evangelio.

Sin contar con que esta educación ha dejado abierta la capacidad de relacionarse con la persona, a una altura y profundidad de amor y comunicación que, poco a poco, albergan niveles de transcendencia. Y esta capacidad de relación es, desde luego, la infraestructura de la fe cristiana, que será, para el hombre, siempre un tema de madurez de relación y de pertenencia, de confianza personal y de devoción emocionada a una persona, y a una comunidad y a un mundo de valores trascendentes.

Las Iglesias debieran comprender, por consiguiente, la urgencia de replantear la economía de sus esfuerzos evangelizadores optando por el servicio de una educación en la que lo que menos cuenta es el título —o titularidad—, la profesión de fe religiosa de los educadores o enseñantes, y la invitación a la práctica religiosa de tipo que sea. Todo esto es muy secundario y puede ser, incluso, perjudicial para el porvenir de la evangelización si no se asienta sobre una seria entidad educativa.

3. EVANGELIZAR EN LA FRONTERA DE LA EDUCACION.

Vamos a contradecirnos. Evangelizar en la frontera de la educación es, desde luego, lo más grato. Lo ingrato es sentirse apremiado a evangelizar allí en donde las tareas y las estructuras ofrecen tantos puntos de contradicción con el Evangelio de Jesús. Ingrata y difícil es esa tarea.

Esto no obstante, es preciso puntualizar las condiciones que nos impondremos cuando, trabajando en las acciones educativas que hemos descrito, pensamos que es llegada la hora de anunciar el Evangelio.

Quien evangeliza formalmente es una instancia cristiana expresa, enviada por la autoridad apostólica a evangelizar. Por tanto, no es la instancia que se define sólo y lealmente como educadora porque libremente ha optado por esa condición social profesional. A esta instancia debidamente establecida en una sociedad debe exigírsele que se mantenga en los justos límites de su misión social y de su competencia profesional, vividas con la altura y la hondura que se han apuntado antes. No otra cosa.

Es decir, nos resistimos a admitir ambigüedades, y nos parece que ni la Iglesia de Jesús ni el sentimiento adulto de la secularidad admitirán esa ambigüedad.

Quien evangeliza es el creyente en cuanto creyente y en cuanto miembro de una comunidad de fe real. Y evangeliza en dos instantes de su existencia:

- en la cotidianeidad de su silencio testimonial, de su testimonio humano y profesional, enraizado en una fe y en unos criterios, visibles pero no ostensibles, sino discretos; al hilo natural de la comunicación interpersonal múltiple, y siempre con la impronta de un enorme respeto no sólo al hombre (y a sus caminos), sino también al momento que se vive, de forma que nunca la palabra personal creyente sea intromisión o alteración de otro orden de actividad inserta en el faenar cotidiano; salvado lo cual, es evidente que se espera en muchísimas ocasiones de relación no sólo el testimonio de una vida, sino también la comunicación sencilla y honesta de una fe personal.

En este instante evangelizador puede situarse cualquier hombre que está presente en el mundo y que entra en la comunicación cotidiana con sus compañeros de existencia; también, pues, el educador situado en la frontera de la educación. Y en este sentido podemos ya hablar de una evangelización que sucede con mucha normalidad en la frontera de la educación, en obras educativas de auténtico valor, cuando en ellas están comprometidos, entre otros hombres, creyentes del evangelio de Jesús.

- el creyente evangeliza también a través de una proclamación directa y formal del Evangelio de Jesús, de la buena noticia del Reino de Dios que ha comenzado, cuando existe una comunidad que testimonia ese orden nuevo de cosas verdaderamente feliz y trascendente (mucho más trascendente que la vida individual de un cristiano); y cuando esa comunidad le envía a predicar el evangelio en una acción específica religiosa, en el lugar oportuno y en el tiempo que respeta la libertad de presencia y asistencia de quienes deciden escuchar.

En este sentido, la escuela comprometida en una educación de frontera aceptará esa limitación, comprenderá que no es lugar religioso ni tiempo de convocar formalmente a la escucha del evangelio, y, sencillamente, se callará. Consciente y gozosa, si quiere, de haber dejado tanto camino abierto para la obra que le trasciende, que es seguramente esperada por tantos, pero para la que no cuenta con competencia alguna.